



## DESTRUCTIVIDAD Y AGRESIÓN

Dr. Jorge Silva García

“El empleo equívoco que se ha venido haciendo de la palabra ‘agresión’ ha ocasionado una gran confusión en la abundante literatura sobre este tema... Esta confusión se debe tal vez a la influencia del pensamiento... conductista en la psicología y la psiquiatría. Si se califica de agresión a todo acto nocivo o sea todos los que tienen por efecto el daño o la destrucción *de un objeto inanimado, de una planta, un animal o un hombre* entonces resulta natural que la calidad del impulso que mueve al acto nocivo, importa muy poco; asimismo si ‘los actos destinados a destruir, los destinados a proteger y los destinados a construir se designan con la misma palabra, entonces en verdad no hay esperanza de entender su causa’. Debemos entender que los actos antes descritos... ‘*no tienen una causa común*’ porque son fenómenos enteramente diferentes y nos hallamos ante una posición desesperada en la teoría si deseamos encontrar la causa común de esa ‘agresión’”. (Fromm, 1974, p. 14. Énfasis agregado).

La licencia con que se utiliza el lenguaje, la falta de precisión de las palabras sólo puede crear confusión y tal es el caso del sustantivo “agresión” como se emplea hoy en día. ¿No se advierte a un vendedor que debe ser “agresivo” cuando se quiere decir que debe mostrarse resuelto, convincente o decidido? ¿Acaso no es frecuente en publicidad hablar de una campaña “agresiva” cuando se quiere decir que debe ser impactante? ¿No se usa el término “agresivo” cuando queremos decir que alguien es grosero en su conducta o en su comunicación, o por expresar que alguien se conduce con insolencia o es insultante?

Se comprende que un autor debe definir y aclarar el sentido de las palabras, si desea construir una base teórica significativa. De ahí que Fromm (Op. cit., p. 15) señale:

“En esta obra he empleado la palabra ‘*agresión*’ (sola, a secas) para designar así la *agresión benigna*; pero designo como *destruictividad* y *crueidad* a la propensión específicamente humana a destruir y al ansia de un control absoluto (agresión maligna)”. (Énfasis agregado). Y más adelante agrega (p. 18): “Debemos distinguir en el hombre *dos tipos de agresión* enteramente diferentes. El primero lo comparte con todos los animales: es un impulso filogenéticamente programado para lucha (o huir) cuando están amenazados intereses que le son vitales. Esta agresión ‘benigna’, *defensiva* está al servicio de la supervivencia... es biológicamente adaptativa y cesa cuando cesa la amenaza. El otro tipo, la agresión ‘maligna’ es decir, la *crueidad* y la

*destruictividad*, es específica de la especie humana... virtualmente ausente en la mayoría de los mamíferos; no está programada filogenéticamente no es biológicamente adaptativa;... y su satisfacción resulta excitante, en el sentido de la lasciva”.\*

De hecho precisa, el sadismo, la crueldad y la destructividad son las únicas perversiones humanas.

Un problema frecuente en el hombre es que busca justificar lo que no tiene justificación alguna... y esta tendencia, resulta un intento a veces desesperado para eludir la responsabilidad y el riesgo inherentes. ¿Debe asombrarnos que el hombre trate de justificar su sadismo, su crueldad y su destructividad? ¿Qué mejor justificación que aceptar con aparente mansedumbre que nos destruimos porque nos determina un instinto todopoderoso proveniente de nuestra ancestrología animal? Ello nos alivia de encontrar soluciones racionales para la paz y la concordia; ello nos evita tener que discutir abierta y ampliamente las causas actuales del incremento del sadismo, la crueldad y la destructividad; ello nos exime en fin, de vislumbrar la demagogia hipócrita y xenofóbica que se oculta tras de la máscara que pretende representar ideales de libertad, solidaridad, honorabilidad, etc. Pero un hecho es que el hombre pretenda justificarse con teorías instintivistas y otro hecho es que lo justifiquemos. Lo mismo puede expresarse acerca del neoconductismo de B.F. Skinner y su desdén hacia los sentimientos, afectos, intenciones y objetivos del hombre considerándolos pre-científicos e inútiles. ¿Si buscamos aquellos “reforzamientos” del neoconductivismo, tendríamos algún motivo válido para esforzarnos en buscar las raíces de la destructividad y los medios para hacer más humana a nuestra sociedad? ¿En verdad el neoconductismo nos puede dar la justicia social sin lo más racional del hombre que resulta de la interacción continua entre lo intelectual y el amor a nosotros mismos y a nuestros semejantes, cuando rechaza Skinner toda la esfera afectiva?:

Sabemos hoy que un factor que favorece el sadismo, la crueldad y la destrucción es el carácter del individuo, carácter definido por las formas de socialización y de asimilación. Los caracteres que más se prestan a los actos que nos ocupan son: el atesorador (carácter anal de Freud); el explotador (oral agresivo); y en último término al receptivo (oral pasivo). Sabemos que el ser humano es el único animal que sabe que

---

\*Deseo aclarar que en algunas citas he variado algunas palabras de acuerdo con el texto original en inglés por encontrar la traducción poco precisa: por ejemplo en la página 18 al hablar de la agresión maligna se dice que “su satisfacción es placentera” que he cambiado por “y su satisfacción resulta excitante, en el sentido de la lasciva”, porque en inglés se usó el término “lustful” que de modo alguno se puede traducir como “placentera”.

nació *sin su voluntad* y que va a morir irremediamente, aunque no lo desee. Siendo un individuo, ente único, específico, concreto percibe que debe esforzarse por ser *él* mismo y al mismo tiempo requiere *ser* con los otros. ¿Cómo lograrlo? Todo proceso de individuación nos confronta inexorablemente con la soledad absoluta de la propia responsabilidad y los riesgos que esto conlleva y tememos a la soledad, al igual que tememos ser libres. Ese erguimos y decir “yo soy yo” requiere que estemos dispuestos a desprendemos de nuestra madre y disolver todo lazo de dependencia con ella; debemos desprendemos también de los lazos de dependencia con la sangre y con la tierra y todo ello resulta angustiígeno y cargado de miedo. Como ser un individuo independiente resulta difícil, es preferible depender de alguien o de algo y vivir la fantasía ilusoria de consideramos seres adultos y libres; por ello encontramos tantas y tantas razones para ceder nuestra libertad a la autoridad irracional de una dictadura, sea familiar o estatal.

Los tres tipos de carácter arriba citados tienen en común el miedo a la libertad y a la soledad, es por ello que el carácter atesorador necesita, como su nombre indica, atesorar, acumular, coleccionar seres y cosas; no pueden creer que existan nuevas o diferentes opciones; sólo creen en aquello que es de su propiedad... de ahí que pueden romper o destruir algo, o a alguien, antes que perder dicha posesión que les da su razón de ser... como la Bernarda Alba de García Lorca.

El carácter explotador arrebatata lo que puede y, como necesita de la presencia de seres y cosas, convierte al ser a quien necesita en *cosa suya*... en *su* cosa que tiene que retener. Lo vejará y humillará, lo atormentará pero no debe perderlo, puesto que se quedaría muy solo... y teme quedarse solo. Cuando el hecho es irremediable o las presiones destructivas son perceptibles, tal vez se resuelva a destruir.

El carácter receptivo se somete a alguien por miedo a quedar solo; casi no habrá vejación que no acepte, ni humillación que no reciba y se puede decir que estará dispuesto a acatar muchas órdenes contrarias a su forma de ser, con tal de no ser abandonado (Fromm 1941).

Cuando se conjugan las orientaciones negativas de estos tres tipos de carácter con corrientes necrófilas en el ámbito social, la aparición de las tendencias a la agresión maligna, destructiva, es consecuente; tal es el caso en las hordas de linchamientos cuando una masa humana se toma violenta y destructiva. Cuando predominan algunos rasgos positivos en estos tres tipos de carácter, es posible que lleven a cabo actos sádicos *sin matar*, pero a costa de un violento conflicto interno evidenciado por angustia intensa y trastornos físicos concomitantes: temblor de cuerpo, sudoración profusa, llanto o risa incontrolable... como evidencia de que el ser humano *no puede* ser llevado a la crueldad tan fácilmente ni sin consecuencias psicológicas ostensibles;

tal se desprende del análisis crítico de los “experimentos” neoconductistas de Stanley Milgram sobre la “obediencia” en la Universidad de Yale (Fromm 1974 (1975 p. 61-66)) y las de Zimbardo *et al* de un “simulacro de prisión” realizadas en la Universidad de Stanford en California (Fromm, op. cit., pág. 67-75). Es de interés anotar que ambos experimentos demostraron, como hecho marginal, que no resulta tan fácil romper las convicciones ni las reservas morales de conciencia en los individuos, aún cuando son instigados al sadismo y a la crueldad por el prestigio de esas universidades y el peso de la “autoridad” utilizada en nombre de la ciencia... Sólo son posibles los actos sádicos propuestos cuando las orientaciones negativas del carácter son propicias.

Las evidencias arqueológicas de los centros de población neolíticas en Catal Hüyük (Op. cit., p. 162-167) señalan la posibilidad de que los seres humanos vivan casi un milenio de paz sin evidencia alguna de sadismo, crueldad ni destructividad. Los indios Zuñi de Norteamérica (Op. cit., p. 177-180) son otra evidencia de uno de tantos grupos sociales que no propician el florecimiento de la agresión maligna.

Las sociedades pueden estimular las opciones biófilas o necrófilas. Cuando los grupos en el poder son opresores y niegan o reprimen las tendencias biófilas, siempre hay individuos o grupos que se esfuerzan por alcanzar la libertad y un medio en que puedan desenvolverse con dignidad; evidencia de ello son las luchas libertarias de los pueblos, pasadas y presentes. En su inicio el movimiento juvenil “hippie” llevó como estandarte el anhelo de libertad y fraternidad; las corrientes estudiantiles de 1968 (Avom *et al*, 1968) declararon de manera explícita, que las palabras en verdad soeces eran: napalm, bombas... Que estas expresiones de la juventud quedaron desvirtuadas al ser absorbidas por los sistemas comerciales, sociales y políticos; ameritaría un comentario demasiado extenso para este trabajo.

Es indudable, como lo ha descrito con fina percepción Lewis Mumford (1961 y 1967) que la voluntad de destruir se desarrolla con mayor facilidad entre los cazadores de por sí dispuestos a matar, y que no en balde había una asociación íntima entre la cacería y la guerra; pero en substancia era la estructura de la sociedad, sus ideales y su modo de producción, la que propiciaba la paz o la guerra.

En sus dos primeros siglos de vida, tal vez tres, el cristianismo estimuló la paz... fue hasta después, cuando se convirtió en la religión oficial del Estado cuando se comenzó a matar en nombre de Dios y cuando los grupos contendientes se decían cada uno, que Dios estaba con ellos... Hoy en día tal vez ya no se invoque a Dios, pero las grandes potencias invocan demagógicamente a la libertad.

¿Qué es lo que ha propiciado lo que Lewis Mumford (1959) tan aptamente ha llamado la “moralidad de exterminio”? No cabe duda que hay una íntima relación entre la enajenación del hombre y sus tendencias destructivas; como no cabe duda que los

sistemas socioeconómicos prevalecientes en todo el mundo propician la destructividad y las ansias de poder y de control. Bien dice Robert Heilbroner (1981) que la necesidad de trabajar por un salario (o una ganancia o ingreso, para el caso es igual) y no por la satisfacción de lo que fabricamos con nuestro esfuerzo, ha enajenado al hombre no sólo del producto de su trabajo, sino que también lo ha enajenado de sí mismo. Al ir desapareciendo los dueños del capital como simultáneos dirigentes de sus fábricas, e ir quedando éstas en manos de tecnócratas, aún los “dueños” tienen que pagar por los artículos que se producen en sus propiedades... para “balancear los libros”. Las necesidades del capitalismo (y la URSS no es más que un ejemplo de capitalismo del Estado, donde hay trabajo asalariado además de las evidencias de trabajo forzado (esclavo)), transforman a todo, en valores comensurables: lo mismo una obra de arte, como algo tan subjetivo cual es un rato de diversión... De ahí que Albert Kahn (1953) puede hablar de tantos millones de muertos si se cuenta con media hora de aviso antes de que caigan bombas nucleares y tantos millones más, conforme se acorte el tiempo de aviso.

¿Cómo es posible contemplar tal locura... “científicamente”? ¿Cómo si no enajenado, se puede considerar la destrucción completa *para toda finalidad práctica*, de la vida sobre nuestro planeta y de nuestra civilización actual? A principios de este siglo aún se debían buscar los móviles y la ganancia personal de un delito de sangre... hoy en día cualquiera puede morir por un acto de terrorismo; ser víctima de una crueldad sádica ignominiosa, o ser asesinado porque sí... sin otra motivación. Se ha hablado del arte por el arte; hoy, por desgracia, tenemos que hablar de la destrucción por la destrucción.

Las guerras y las matanzas insensatas a partir de la II Guerra Mundial, son producto de la enajenación del hombre y del desarrollo tecnológico de sistemas masivos de destructividad, fácilmente acequibles... No sólo hay armas de destrucción masiva, también se han desarrollado armas sádicas que invalidan y dejan secuelas amargas y dolorosas: las minas terrestres que emasculan (hay algunas decenas de miles de veteranos de la II Guerra Mundial emasculados); las bombas de fósforo blanco a las que se agregaron impermeabilizantes y adhesivos, para que sólo arrancando el trozo con todo y carne, dejen de quemar; las bombas de fragmentación con flechas minúsculas de plástico, invisibles a los rayos X y... ahora las bombas de neutrones que matan a los seres vivos pero que permiten que las cosas perduren. ¿Quiénes pagan estas investigaciones? ¿Acaso no las pagan sólo los poderosos? ¿Y pretenden los instintivistas que ello es una herencia genética maldita, heredada de nuestra línea filogenética... de los animales? ¿De aquellos animales incapaces de matar a los de su propia especie? ¿Cómo es posible desconocer la influencia nociva del predominio



absoluto de lo conmensurable, en que *todo* puede ser calculado en cifras en un papel; del influjo enajenante del salario, y la ganancia, y de la fabricación de lo que sea... *porque técnicamente es posible?*

Fromm (1974 p. 220) cita a Wright quien investigó “el número de batallas libradas por las principales potencias europeas” y la tabla comparativa muestra el aumento considerable de batallas que van de 9 entre los años de 1480-1499 a 892 de 1900 a 1940. ¿Cuántas más, incluyendo las de la II Guerra Mundial hasta la fecha? No hay duda que el progreso tecnológico tiene que ver con el incremento del número de batallas y de los millones y millones de muertes. Poco a poco son más los civiles víctimas y muertos en las guerras, que soldados. La última gran guerra demostró que no hay vencedores ni vencidos... todos salimos perdiendo porque los costos astronómicos invertidos y los enormes daños ocasionados, repercutieron sobre la economía mundial. Se requirió de la ayuda global para que la economía saliese adelante. Cada vez son mayores las paradojas de las guerras modernas: “En los tratados internacionales que rigen el trato a los prisioneros de guerra, todas las potencias han convenido en prohibir a los gobiernos el hacer propaganda política a ‘sus’ prisioneros de guerra y ponerlos en contra de ‘sus’ gobiernos respectivos. “En resumidas cuentas, *agrega la cita de Fromm* (Op. cit. p. 219, pie de calce) se ha convenido que se tiene el derecho de matar a los soldados del enemigo pero no el hacerlos desleales”. La ironía de este convenio no puede pasar desapercibida.

En la misma página señala Fromm: “Para decirlo de un modo hiperbolizado”, refiriéndose a los factores que hacen posible que se sostenga una guerra y no las causas de las guerras:

“la guerra es una rebelión indirecta contra la injusticia, la desigualdad y el aburrimiento que rigen la vida social en tiempos de paz y no debe subestimarse el hecho de que mientras el hecho de que mientras el soldado combate... no tiene que combatir con los miembros de su propio grupo por el pan, los cuidados médicos, el techo, la vestimenta; todo eso se lo proporciona una suerte de sistema perversamente socializado... Si la vida civil proporcionara los elementos de aventura, solidaridad, igualdad e idealismo que pueden encontrarse en tiempos de guerra, deducimos que sería muy difícil hacer que la gente peleara...”.

No podemos más que seguir estando de acuerdo con Fromm cuando señala: “las guerras grandes de nuestros tiempos y la mayoría de las guerras entre los estados de la Antigüedad no se debieron a la agresión acumulada” como piensan los instintivistas, “sino a la agresión instrumental de las élites militar y política”.

No puedo evitar pensar que el costo creciente, astronómico, que la tecnología continúa ocasionando con sus armamentos cada vez más sofisticados; armamentos

que requieren a su vez de un personal y un mantenimiento altamente especializado, pueden llegar a hacer incosteables las guerras “convencionales”... Pero luego pienso: ¿Nos traería ello la paz o tan sólo serviría para adelantar el holocausto termonuclear? ¿Los economista no podrán encontrar un sistema de producción y de consumo diferentes a la economía de guerra que prevalece? Dicho de otro modo... ¿Dejaremos algún día de producir lo que tenga que hacerse obsoleto a corto plazo? ¿Es esto resultado de la tecnología, de la economía o de qué? Recuerdo que en un tiempo ciertas prendas de vestir se heredaban de padres e hijos; recuerdo cuando los muebles se hacían para durar... Recuerdo que hace tiempo se exhibió una película intitulada “El hombre del traje blanco” que parodiaba esos tiempos... ¿En verdad es tan necesario el cambio continuado y periódico en modas? Repito: ¿En verdad es necesario que las fábricas trabajen todo el año en producir lo obsoleto a corto plazo? Ello no resulta ni racional ni lógico... salvo si se trata de que unos cuantos acumulan dinero... y poder. ¿En verdad no nos queda más remedio que estar encasillados por la publicidad?

El aburrimiento y el tedio son factores que también estimulan los impulsos sádicos y destructivos (Op. cit. p. 272-282). No deja de ser curioso que los ejércitos cultiven el aburrimiento y el tedio: he visto a tropas dispuestas a *lo que sea* con tal de quebrar la monotonía del momento. En las escuelas, se sabe que los niños toleran a lo sumo dos horas de estudio y después requieren del recreo para desahogarse en la expansión física, de lo contrario pueden agredirse en forma sádica unos a otros.

Con anterioridad se habló de las experiencias de Milgram en Yale y de Zimbardo *et al* en Stanford; dichos experimentos mostraron que la *sumisión* indiscriminada o abyecta aún a una supuesta autoridad puede desencadenar el sadismo y la crueldad... *pero sólo en aquellos con rasgos de carácter predisponentes. Dichos experimentos también mostraron* que hay un grupo importante de aquellos quienes se niegan a obedecer ciegamente. La ausencia de una objetividad auto y heterocrítica; la ausencia de normas, convicciones y principios por miedo a la soledad y por miedo a la responsabilidad... ambos inherentes al proceso de individuación nos pueden llevar a la sumisión y al servilismo, dentro de las estructuras de carácter mencionadas. Como ya se dijo, un número significativo de los participantes en el experimento cuestionaron la pretendida autoridad de los encargados y desobedecieron las órdenes dadas; en otros casos numerosos, la rebelión fue interna y se manifestó por conflictos psíquicos de tal magnitud que hubo de suspenderse el proceso investigado; en otros, quedaron hondos sentimientos de culpa por haber obedecido y *no haber desobedecido*.

¿Qué nos muestran estos datos?

Representan una esperanza... hay recursos en el ser humano que lo oponen al influjo de la “agresión maligna”, contrario a lo que piensan los instintivistas. Estos recursos a veces son espontáneos por la bondad genética heredada; son aprendidos en un hogar donde prevalecen el amor, la comprensión y la reflexión... o pueden aprenderse como un logro posterior. Bruno Bettelheim, citado por Fromm (Op. cit. p. 75-77), mostró en aquellos prisioneros de los campos de concentración nazi con convicciones políticas, religiosas y éticas firmes, su capacidad de resistencia al influjo de estímulos a la “agresión maligna”.

Nuestro tiempo es un tiempo crítico y se ha vuelto más difícil no sólo por la “moralidad de exterminio” que prevalece sino además por el valor desmesurado que se ha otorgado al dinero. Antiguamente se decía: “dime con quién andas y te diré quién eres”; hoy en día se dice *de facto*: “dime cuánto tienes y te diré quién eres”. El dinero da prestigio social y cubre cualesquier deficiencia. Hoy en día se mata y se destruye por dinero y de ello son evidencia tantos asesinos a sueldo. Por dinero se promueve la destrucción de los valores éticos del hombre como lo demuestra el florecimiento de la “industria” de los estupefacientes sin consideración por la edad de los adictos; como toda “empresa” lo que interesa es vender más y ganar más. Tal es el caso también de la publicidad: destroza los idiomas, hace un llamado a lo más espurio e irracional del ser humano, subvierte lo mejor de las costumbres y promueve el principio del placer y del goce de todo aquello que Freud llamó: “impulsos polimorfo perversos infantiles”.

Se dice o se piensa que el ser humano vive en la sociedad que ha creado y tiene el gobierno que merece. Tales afirmaciones son engañosas puesto que desconocen o pretenden desconocer un hecho del hombre: somos el mamífero que nace más desvalido y que requiere de más años para valerse por sí solo. No sólo es esto cierto sino además, como este periodo de incapacidad es el que se utiliza para transmitir los valores de la cultura y las normas sociales y familiares, hemos prolongado este periodo de desvalidez de los 10-11 años de edad hasta los 24-25 en que se termina una carrera universitaria. Con esta prolongación hay más tiempo para troquelar el estilo, los principios, las normas y la carencia de convicciones existentes... Desde siempre son los menos los que van innovando, planteando ideales y objetivos nuevos a sociedades e individuos... pero, nunca faltan los apologistas de lo que sea.

Sabemos que el ser humano tiende a buscar explicaciones para todo aquello que no comprende y a buscar justificaciones a lo que no le hace sentido... Para nosotros esto se llama racionalizar en contraste al esfuerzo de objetivar mediante la reflexión que significa *logos, eros y mitos*... el empleo a fondo de nuestra razón, el empleo contrastante y normativo de nuestros afectos y todo ello dentro del marco de devoción de amor a la vida y a lo vivo. La vida es un problema continuo y la inseguridad es su





signo permanente; vivir la vida así, significa aceptar como únicas seguridades el que hemos nacido y que un día moriremos... al igual que nuestros seres más queridos. Ello impone, como antes se dijo, pautas de sufrimiento que podemos aceptar. El Buda decía: la vida significa dolor (o sufrimiento), enfermedad, vejez y muerte... si aceptados todo esto con valentía, podemos dedicarnos a buscar el amor y la sabiduría y las nuevas soluciones que requiere la vida siempre cambiante.

Es cierto que las innovaciones sin sentido nos pueden llevar al caos, y también es cierto que no podemos cambiar la estructura de una sociedad tan fácilmente. Lo cual no significa que no podamos pugnar por una sociedad más libre, en que se puedan ir expresando valores humanos de solidaridad y justicia social; una sociedad en que el hombre cree una estructura económica en que sin perder los beneficios indiscutibles de la industria, no vivamos enajenados del producto de nuestro trabajo, ni sea necesaria la explotación del hombre por el hombre. Nadie dice que esto sea una labor fácil, pero resulta imposible aceptar que el sistema económico, político y social creado por el hombre sea convertido casi casi en un destino implacable, incuestionable, o en un juicio divino incambiable.

En tanto nos creamos impotentes para imponer un sello humanista a nuestra vida personal **nada humano es ajeno a nosotros, lo que le sucede a uno le puede suceder a todos y viceversa**, seguiremos aceptando con impotencia creciente un estado de hechos que nos deja insatisfechos, es entonces cuando surge el mayor peligro ya que se puede esperar la III Guerra Mundial termonuclear. El miedo y la impotencia, dentro de las orientaciones negativas de carácter mencionadas, estimulan el sadismo, la crueldad y la destructividad.

Creo oportuno terminar con la frase final de la *Anatomía de la destructividad humana*:

“La situación del género humano es demasiado seria actualmente para permitimos escuchar a los demagogos y **menos a los demagogos que atrae la destrucción**, ni siquiera a los dirigentes que sólo trabajan con el cerebro y que necesitan fortalecer su corazón. El pensamiento radical y crítico sólo dará frutos si se mezcla con la cualidad más preciosa que tiene el hombre: el amor a la vida.” (Dr. Erich Fromm. Op. cit., p. 431).

Tlalpan, D. F. Abril 25 de 1980



## BIBLIOGRAFÍA

- Avom, Jerry L., *et al.* (1968).: *University if revolt*. Macdonald London.
- Fromm, Erich (1941).: *Miedo a la libertad*. Paidós. Buenos Aires. 1942.
- (1974).: *Anatomía de la destructividad humana*. Siglo Veintiuno Editores S.A. México. Primera edición en español. 1975.
- Hilbroner, Robert L. (1981): *The demand for the supply side*. The New York Review of Books. Vol. XXVIII, No. 10 pp. 37-41
- Kahn, Albert E. (1953).: *The game of death*. Cameron and Khan. New York.
- Mumford Lewis (1959).: *The morals of extermination*, editado por Melman, Seymour en *No place to hide*. Grove Press Inc. New York, 1962.
- (1961).: *The city in history*. Secker and Warburg. London.
- (1967).: *El mito de la máquina*. Emecé Editores, S.A. Buenos Aires. 1969.